



Antonio Ramajo Caño, *Tópica y vida en la poesía áurea: la herencia clásica*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2022, 614 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.14.2023.904-907>.

“La poesía es, esencialmente, poesía” (p. 13). Con esta afirmación inicial, declaración de intenciones sobre su metodología y perspectiva crítica, Antonio Ramajo comienza un recorrido por el “fascinante campo de la *imitatio*”, que pauta la creación literaria áurea y aleja a los grandes escritores de la imitación servil, repudiada ya por Horacio: “¡O imitatores, servom pacus...!” (p. 48). Aunque calificado por su autor como modesto y limitado, el estudio, culminación de cuarenta años de investigación, es un inmenso legado filológico que aspira a situar los poemas en un esquema retórico cabal, desvelando las referencias diacrónicas que ocultan. Lo variado y exhaustivo del análisis se somete a un hilo conductor que otorga coherencia al conjunto: “retórica y vida transcurren hermanadas, de forma inseparable, por el vivir de los autores, hermandad que no cortará la muerte, pues, a partir de esta, la retórica salvará a la vida” (p. 15). Ambiciosa eternidad de la literatura, que confluirá en la inmortalidad acariciada en las páginas finales, trazando una trayectoria circular.

A modo de pórtico para el análisis, el primer capítulo (pp. 17-106), la exhortación a las letras y el espacio semántico de la poesía, pretende ahondar en el anhelo de los poetas por alcanzar la pervivencia, en la condición de la lírica como “arma poderosa de eternidad”. A dicha aspiración apuntan, con abundantes *exempla*, las exhortaciones al estudio, representadas de modo paradigmático por la de fray Luis en un tiempo invernal que “convida / a los estudios nobles”; la búsqueda de la gloria a través de las armas y las letras; la consideración de la poesía como aliento divino, “son dulce, acordado, / del plectro sabiamente meneado”; las alusiones metapoéticas; la simbiosis de poesía y sabiduría; así como la inclinación a la narración de historias, al epilio y la éfrasis.

El *locus* y el marco de la naturaleza, tema del segundo apartado (pp. 107-206), se abre con una incursión en el paisaje idealizado de la poesía bucólica, el *locus amoenus*, que permite hermanar versos de las *Heroidas* de Ovidio, las *Geórgicas* de Virgilio o Propercio con las églogas de

Garcilaso, dechado imprescindible para la poesía pastoril áurea, pasajes de la *Arcadia* de Sannazaro y las odas de Luis de León. La maestría virgiliana se erige como guía en el riquísimo acercamiento a los espacios bucólicos. Espacios sensoriales y mentales. *Loci* para la dignificación del personaje. El análisis profundiza en el carácter sacro de la naturaleza, la relación de índole poética y religiosa con ella, en la que descuella el protagonismo del dialogo en forma de apóstrofe, a la manera de Horacio con la célebre fuente de Bandusia, de Ovidio a la posteridad en sus *Tristia*: a las musas, al libro, a plantas y animales, a los astros, a los ríos. Un sistema armonioso que, en ocasiones, resulta desestabilizado en una transición del orden al desorden expresada a través de la figura semántica del *adynaton*, lo inesperado, lo aparentemente imposible. Los temas de *laudes*, ruinas y paisajes desolados cierran el capítulo, donde se desliza una conclusión: “la poesía áurea se ancla en un espacio, en un *locus*, que, aunque concreto, se aboceta y eleva, impregnado de tradición literaria, de retórica” (p. 206)

La tercera parte del libro (pp. 207-476), la más extensa, evidencia cómo figuras retóricas, tópicos o referencias mitológicas dejan entrever la presencia del *tempus* en los versos, que evoca Antonio Ramajo con la expresión “la diacronía del poeta, en su discurrir gozoso y dolorido”. Por las páginas se suceden los géneros que codifican la trayectoria de la vida, pues la tradición literaria surte a los poetas de variados modelos para las etapas fundamentales de la misma: el nacimiento, la boda, la muerte. El *genethliacón* se ofrece como punto de partida, momento de irrupción en la vida pero también con ocasión del cumpleaños, atropellado por la edad y transmutado en la etapa que denomina “el mar de las pasiones”, la juventud y la madurez, aposento privilegiado para el amor y la belleza femenina, la concurrencia de mitología y vida, el *servitium amoris* desde la tradición clásica, el *carpe diem*, el valor simbólico de las estaciones del año y el tópico del *exclusus amator*. La comunicación entre los amantes, intuida en el recorrido previo, deja lugar para el epistolario amoroso: las *Heroidas* de Ovidio y el personaje virgiliano de Dido se reflejan en la poesía del Siglo de Oro, “surcan los cancioneros áureos” (p. 324), en palabras del autor. Máxima representación de un *locus* en esencia inestable, el cambio de lugar acude con la execración de la navegación y el *propempticón*; de otra índole, aunque relacionado, es el motivo del *navigium amoris*, el amor tempestuoso desde la *Antología griega* hasta la lírica renacentista y barroca. La *renuntiatio amoris*, la *peregrinatio amoris*, la inconstancia y la aspiración a un amor eterno cierran el ciclo de la “navegación pasional”, abriendo paso a otro *tempus* de sosiego, el del matrimonio representado

por el género del epitalamio, en el cual, como en el resto de los casos, “en el principio fue Homero” (p. 375). Un canto a la *Virtus et voluptas*, razón y pasión que confluyen en el matrimonio. El varón fuerte, el *vivere secum*, el papel de la poesía en el ocio sabio, la *aurea mediocritas* y el *remedium amoris* son algunos hitos desgranados en el omnipotente dominio del amor, que conducirá a la reflexión sobre el final de la vida, sobre la muerte.

La última etapa del recorrido en este capítulo tercero se aproxima a la poesía funeral en sus distintas modalidades. La cohesión de la argumentación y las relaciones que han ido vertebrando el análisis se plasman en la síntesis que inaugura esta parte: “Los poetas han cantado [...] —señala Antonio Ramajo— los avatares de la vida, tantas veces golpeada por el viento de las pasiones incontrolables; han intentado encontrar remedio para la pérdida del dominio de sí; han comprobado el paso del tiempo [...] y, al fin, han meditado sobre la muerte, y han lanzado quejas y ofrecido elementos de consuelo” (p. 424). En la poesía áurea el tema funeral aparece fundido con materias diversas, en particular la amorosa. De tal confluencia emerge la hermosa y joven Elisa, “antes del tiempo y casi en flor cortada”. El epitafio, la elegía fúnebre, el planto de raíces homéricas y brotes virgilianos confluyen en los elementos que persiguen la *consolatio* y la escritura como terapia, apelando a la razón.

El cuarto y último apartado (pp. 477-487), epílogo del libro, imagina una vida después de la muerte, anhela la *aeternitas*, que se erige como triunfo definitivo de la retórica. Remontándose a Safo y Calímaco, traza un tópico de vasta tradición literaria: la poesía como fuente de inmortalidad. “Ya he concluido mi obra, que no pueden destruir ni la ira de Júpiter, ni el fuego, ni el hierro, ni la vejez devoradora”, afirmaba con orgullo Ovidio al concluir sus *Metamorfosis*. La eternidad, premio del arte. En síntesis de Antonio Ramajo: “La retórica, al fin, exonera a la vida de pagar el tributo de una *mors aeterna*” (p. 487).

No es posible sintetizar ni ofrecer siquiera un pálido reflejo de la erudición atesorada en más de medio millar de páginas. El conjunto desvela un inusual conocimiento de la literatura clásica y la poesía áurea, un denso sedimento de lecturas derivado de una larga y provechosa trayectoria investigadora. Y lo mismo cabe decir de las casi 1600 notas a pie de página que matizan, amplían, redondean la precisa argumentación tejida en el estudio principal. En ellas se ilumina con frecuencia el tesoro de nuevas sendas aun escasamente holladas, preciosa inspiración para futuras aportaciones.

El denso volumen se completa con un útil anexo en el que figuran, dispuestos cronológicamente, un centenar de poetas neolatinos y españoles, todos los citados a lo largo del estudio (pp. 489-492). Aun así, se apunta la posible incorporación de otros autores a tan extensa nómina, “forzosamente limitada” (p. 490, n. 1586). Las referencias bibliográficas (pp. 493-555), reunidas en más de 60 páginas, constituyen un imprescindible complemento, muy actualizado, en el que no faltan estudios clásicos indiscutibles. En conjunto, guían con pericia la búsqueda de información solvente a partir de tan documentado análisis. La treintena de artículos firmados por Antonio Ramajo permite inferir el proceso que condujo desde los análisis particulares, acotados a unos tópicos o unos autores, hasta la interpretación global que ahora se alumbró: el presente libro, que se muestra como “ensamblado conjunto semántico, espejo de los recursos retóricos de los poetas de nuestro Siglo de Oro” (p. 15).

Finalmente, el volumen aun regala al lector un nuevo material de extraordinaria utilidad: el copioso índice de autores y materias que lo cierra y facilita la localización y consulta para estudios ulteriores (pp. 557-614).

No es libro que pueda leerse sin pausa. La información aportada y las referencias eruditas son inabarcables. Es obra para indagar sin prisa en el omnipresente concepto de la *imitatio* áurea, haciendo etapas, descubriendo las líneas a veces ocultas que unen siglos de historia, espacios y tiempos distantes, relacionando autores y textos cuya honda complicidad no podíamos siquiera sospechar. Etapas que evocan las fases de la vida, que conducen del nacimiento a la muerte, con una obstinada aspiración de eternidad: la fe en la inmortalidad a través de la literatura.

Tenemos ante nuestros ojos la propia trayectoria vital y académica del investigador, remansada siempre en la historia literaria. Afirma el autor en el resumen de su obra que el poeta recoge “en su vivir y en su leer los poderosos instrumentos de una vieja retórica”. Inspirándonos en tales palabras, podemos manifestar que Antonio Ramajo condensa, en apretada y erudita síntesis, su vida y sus lecturas, su prolífica erudición, sus profundos conocimientos sobre la retórica y la literatura clásicas.

MARIA JOSE ALONSO VELOSO

<https://orcid.org/0000-0002-9666-5626>

Universidade de Santiago de Compostela (España)

mariajose.alonso@usc.es